

CON que nos montamos en el coche de Albarracín y, nada más sentarnos en nuestros sitios, un viejecillo que estaba a nuestro lado le dice a su señora mirándonos a nosotros y sonriendo: ahora, que estos señores no son de por aquí. No, díjimos nosotros, no somos de por aquí. Somos de tal o cual parte, bueno, lo que se dice en estos casos. Era un matrimonio natural de Orihuela del Tremedal, aunque residía en Barcelona con el hijo, que trabajaba allí; estaba muy bien situado y su jefe le quería mucho, o sea, que se hacía querer. Este señor era muy simpático, así que tuvimos conversación durante todo el camino hasta Albarracín. Hacía bastante calor en Teruel, pero aquel señor iba vestido de gris oscuro, como de medio luto, y con la gorra puesta. Le contamos que queríamos hacer una pequeña excursión a pie por los Montes Universales, pero visitando primero Albarracín, que nos habían dicho que era una de las ciudades más bonitas de España. Gusta mucho, si señor, dijo él. Es muy antiguo. Bueno, pero será bonito, pregunté yo. Pues hombre, mucha piedra es lo que tiene Albarracín. Otra cosa, no señor. Habíamos salido de Teruel y el autobús andaba ahora por una enorme llanura que recordaba la de la Mancha. Para bonito, dijo el señor, Orihuela del Tremedal. Es el pueblo más bonito de toda la sierra. Veranean allí muchos señores de Madrid. Atravesábamos la llanura y el sol de las tres de la tarde le invitaba a pensar en la umbría profundidad de los montes donde había nacido. Antes de llegar a Orihuela, dijo, el bosque es tan espeso que pasa usted por la carretera bajo los árboles sin ver para nada el sol. Como un túnel, añadió sonriendo. Se quedó un momento en silencio y luego, paladeando las palabras: ¡las Sierras Universales! El nombre sonaba precioso en su boca. En el asiento inmediatamente delante del nuestro había una chica con un muchacho de unos doce años. Dijo que era su hermano el pequeño y que le había acompañado a Zaragoza a examinarse. Iban a Guadalaviar, que es el último pueblo de la línea y de la provincia de Teruel por esa parte, lindando ya con la provincia de Cuenca. El señor de Orihuela del Tremedal se empeñó en que fuéramos a su pueblo, porque era el más bonito de la sierra. Que si queríamos quedarnos aquella noche en Albarracín para ver las piedras, bien, pero al día siguiente a Orihuela. La chica dijo, miren, yo creo, verdad, que es mejor que salgan de Albarracín mañana prontito y vayan a Guadalaviar. Verán qué bonito es. Y en seguida sacó del bolso una fotografía de Guadalaviar. Se volvió al señor de Orihuela y dijo: digo que aquí los señores se desvían mucho yendo a Orihuela, porque pilla más lejos, y es mejor que vayan a Guadalaviar. Lo que pueden hacer, respondió el señor, es ir de Albarracín a Orihuela, y de allí a Guadalaviar. ¿Y a pie van a ir?, preguntó la chica, ¿por qué no toman el coche de línea? Es que queremos andar un poquito, dijimos. Pues buena gana, habiendo coche; en fin, ustedes verán.

Se guardó en el bolso la fotografía. Es un pueblo precioso, añadió, está al pie de la Muela de San Juan, y el año pasado ganó el concurso de embellecimiento. Pues nada, iremos a Guadalaviar, díjimos nosotros. A todo esto habíamos dejado atrás la llanura y la carretera subía ahora las estribaciones de la sierra, siguiendo el curso del río Guadalaviar, el cual nace y da su nombre al pueblo que decía la chica, y que luego, al llegar a Teruel, lo cambia por el más distinguido de Turia, camino de Valencia. El paisaje era ahora agreste, de roca viva cortada a pico y vegetación erizada, más cerca ya de la fantasmagórica escenografía con que se de la reseca inmensidad de Aragón. Conforme íbamos subiendo veíamos a los lados de la carretera, ya a la derecha, ya a la izquierda, una acequia excavada en la roca, a media altura, con frecuentes túneles de la suficiente anchura para que pudiera pasar por ellos un hombre arrastrándose. Era, según nos dijeron, la antigua acequia o acueducto que llevaba el agua al vecino pueblo de Cella. El señor que estaba a nuestro lado dijo, en su tono admirativo: ¡esos moros, hay que ver lo que sabían! Sin embargo, según leí después en alguna parte, este acueducto no es árabe, sino ibérico o romano, aunque ya se sabe que los campesinos, en España, suelen atribuir a los moros todas las obras antiguas, sin reparar en sutilezas históricas. Alguien me contó también que, según la tradición popular de la región, este acueducto fue construido por el diablo y, al parecer, en la acequia excavada en la piedra puede verse todavía el rastro de sus uñas, pues los rasgos que allí se contemplan parecen uñaradas y no golpes de martillo manejado por mano humana. Según dicen, todo comenzó por el hecho, bastante extraño, de haberse enamorado el diablo de una muchacha de Cella que iba al río Guadalaviar a por agua. No tengo noticia de ninguna otra leyenda en que el diablo se enamore, pues siendo, como lo pintan, un ser feo y en extremo peludo y libidinoso, parece más capaz de todo género de excesos carnales que de albergar en su pecho sentimientos elevados. Sin entrar en los arcanos

de la demonología, y sea como fuere, lo cierto es que el amor de este diablo por la aguadora llegó a tal punto que, con tal de aliviar la fatiga de su amante, emprendió la tarea de construir el acueducto de Cella arañando la piedra con sus uñas. Esta leyenda se corresponde con otra que sugiere a la imaginación popular la existencia de un monolito, probablemente romano, que se alza sobre la falda de la montaña, poco después de pasar el pueblo de Gea de Albarracín, y que, visto desde lejos, tiene el aspecto de un fraile encapuchado. Este fraile, en las noches de viento, gime lastimeramente, y uno piensa que no es para menos, conociendo su historia. Aquí nos encontramos con lo que podríamos llamar «el mundo al revés», pues mientras el amor del diablo por la aguadora le impulsa a la construcción de obras públicas de interés, diríamos, nacional y le aparta de cometer los desafueros que de otro modo cometería (con lo cual la muchacha presta un servicio a sus paisanos y se salva), muy al contrario de esto, el fraile es castigado por Dios por ciertas pecaminosas inclinaciones. En efecto, este fraile parece haber tenido en vida la fea costumbre de ir por las noches al vecino castillo de Santacroche, a fin de espiar, oculto tras la ventana de la estancia, la intimidad de la esposa del señor feudal que habita el castillo. Una noche, la tormenta le coge en el monte y un rayo del cielo le fulmina, convirtiéndole en estatua de piedra. Con estas profundas enseñanzas y en este clima mágico a la española, llegamos a Albarracín. El autobús se detuvo a la puerta del Mesón que llaman del Gallo, a un centenar de metros de la entrada del túnel que atraviesa la colina sobre la que está situada la ciudad. Nos despedimos de la señorita de Guadalaviar, del señor de Orihuela del Tremedal y de otros señores que habían hecho el viaje con nosotros. Todos nos insistían en que fuésemos al día siguiente a su pueblo: que era muy bonito y lo pasaríamos muy bien. Desde el interior del autobús no se veía la ciudad, de manera que la llegada a Albarracín tuvo para nosotros el aliciente de un encuentro inesperado. Bajar del coche, le-

vantar la cabeza y ver en lo alto, a unos cien metros sobre el nivel de la carretera, la ciudad encastillada, colgada en el aire, constituye una impresión estética insuperable, un pasmo urbanístico de primer orden. Azorín dijo que esta ciudad era «una de las más bonitas de España», afirmación comedida y prudente, como de quien no quiere comprometerse. Pero ahora, ante la ciudad que se extiende desde la Torre del Andador hasta el Castillo de doña Blanca, con sus casas, sus iglesias y sus palacios construidos en piedra roja y cárdena, formando un prodigioso anfiteatro suspendido, uno piensa que Azorín se quedó corto en sus elogios. Subimos a la ciudad por una escalera de piedra, y en seguida salimos a la Plaza Mayor. Nuestra principal preocupación era entonces buscar hospedaje para aquella noche. En Albarracín no abundan las instalaciones turísticas. No hay más que un hotel, el Azagra, que lleva el nombre de los antiguos señores feudales que gobernaron la ciudad y su territorio, y, en la carretera, el Mesón del Gallo de que antes he hablado. Uno y otro son de reducida capacidad y estaban llenos. Anduvimos preguntando si había en el pueblo alguna casa particular donde pudiéramos alojarnos, y finalmente, unas señoras que estaban cosiendo en la calle dijeron, sí, precisamente en ese portal que ven ustedes ahí arriba suelen tener hospedaje. Pregunten por la señora Isabel. Si quieren ustedes, el niño les acompaña; niño, acompaña a estos señores. Fuimos a la casa con el niño, que debía ser el nieto de la señora que estaba cosiendo en la calle, y dijimos: ¿está la señora Isabel? Aquí es, dijo una anciana vestida de negro, con el pelo blanco recogido en trenza. Venimos porque una señora que nos hemos encontrado ahí abajo, la abuela de este niño, nos ha dicho que usted suele tener hospedaje. Había allí una señora de mediana edad, muy puesta, como de Madrid, y una jovencita con pantalones y una blusa amarilla, y la señora Isabel, señalándolas a ellas, dijo: ¡cuánto lo siento!, pero es que ha venido mi hija de Madrid a pasar unos días con su familia. Me apretaba la mano con

Por **LUIS CARANDELL**

ALBARRACIN Y LAS SIERRAS UNIVERSALES

(y II)



las suyas y se le saltaban las lágrimas de pensar que no podía hospedarlos. Dijo que si queríamos quedarnos un rato y tomar algo, lo que quisiéramos, pero dormir, no, porque había venido su hija de Madrid y claro. Luego nos indicó otra casa, en la calle del Portal de Molina. ¿Quiéren que les acompañe? No, no, dijimos nosotros, no hace falta. Bajó a la calle para indicarnos la dirección que debíamos seguir. No tiene pérdida, dijo, bajen por esta calle, y tal y cual. No tiene pérdida. Fuimos a la calle del Portal de Molina, pero no estaba la señora. Nos recibió su hija, una niña de ocho o nueve años que dijo llamarse Pili. Era una niña muy apersonada, hablaba como una chica mayor. Si señor, descuiden ustedes, hay una habitación con dos camas. Mi madre vendrá en seguida y lo arreglará todo. ¿Cenarán ustedes? Pueden dejar aquí sus cosas, si quieren. Dejamos allí las cosas y nos fuimos a dar una vuelta por el pueblo. Esta es la vieja ciudad de los Aben Razin, la tribu árabe conquistadora de los Montes Universales, aunque su historia se remonta mucho más allá y se cree que corresponde a la Lovetum romana y a la Arcábrica visigótica. En sus inmediaciones se han descubierto numerosas cuevas prehistóricas con pinturas rupestres, como la del Navazo, con representaciones de toros; la fuente del Cabrerizo, con caballos y ciervos, y la llamada de Doña Clotilde, con

figuras humanas, donde ha trabajado un famoso historiador moderno, el doctor Martín Almagro, serrano y oriundo de estas sierras. Pero fueron los árabes, los Hudail, los Abdelmelic ben Lup Ben Razin y sus sucesores, los que dieron gloria y nombre a la ciudad. Que la dominación musulmana debió ser tolerante con la primitiva población cristiana lo prueba el hecho de que, en esa época, la ciudad se llamó Santa María de Oriente y, luego, Santa María de Aben Razin, de donde deriva su actual nombre, una vez que sus emires se constituyeron en taifas independientes del Califato de Córdoba. Ante sus muros recibió el Cid Campeador una lanzada en el cuello que, según investigaciones realizadas por don Ramón Menéndez Pidal, había de precipitar su muerte, y ante sus muros sufrió el Rey don Jaime el Conquistador, siendo todavía Infante de Aragón, su primera derrota. Habiendo caído la ciudad bajo el señorío de los Azagra, vencedores de los musulmanes, siguió siendo un Estado soberano hasta que fue tomada por el Rey de Aragón, Pedro III el Grande, quien la anexionó a su Corona, otorgándole una Carta Puebla en confirmación de sus fueros y privilegios. Las sucesivas etapas de su historia, así como su constitución geográfica, dejaron entre los habitantes de Albarracín y de su serrería tal espíritu de indepen-

dencia que, a la muerte del Rey Felipe V, el cual, con sus Decretos de Nueva Planta, había dejado maltruchos los fueros, la ciudad organizó grandes fiestas con el pretexto de estar celebrando la coronación del nuevo príncipe. Era el derecho al pataleo del minúsculo Estado fundado por los reyezuelos taifas. Resto de su antigua soberanía es todavía hoy la Comunidad de Albarracín, que administra los bosques y los pastos de su territorio en beneficio de los pueblos. Sus habitantes están exentos de cualquier tipo de impuestos municipales y los ayuntamientos reparten la cal para blanquear las casas, subvencionan los gastos de las fiestas o dan gratificaciones a los maestros con cargo a las explotaciones comunales. Paseando por las calles de Albarracín, el viajero queda inmerso en el ambiente medieval de la antigua crónica. Es preciso ver la catedral, con sus espléndidos altares y retablos, y su tesoro artístico, donde se encuentra, entre otras valiosas joyas, un pez tallado en cristal de roca, pieza única en el mundo. O el palacio del Obispo, donde hay una rueda de carroza que recuerda el episodio en que un famoso prelado llegó a Albarracín y, al obstinarse en pasar en su carruaje por las empinadas cuestas de sus calles, la carroza se desmoronó y el buen obispo dio con sus huesos, cuan largo era, en las rojas piedras del pavimento. Rieron de bue-

na gana los albarracineses, viendo la vanidad episcopal tan mal parada, y el prelado, de pura indignación, se sintió poeta e improvisó la estrofa:

**Albarracín mal fundado,
reid, que rian los necios,
no merece más aprecio
que ser visto y ser dejado.**

Esta es una ciudad para ser paseada, sin pretender andar por ella en carroza, como el señor obispo de la historia. No nos sorprenden en ella suntuosos palacios ni edificios de imponente fábrica. Lo asombroso de Albarracín es la arquitectura que podríamos llamar popular, la arquitectura a escala humana que nos envuelve cuando vamos andando por sus calles en pendiente. Pequeños puentes que salvan los desniveles del terreno, callejones en escalera, arcos de medio punto que cierran las calles, fuentes, galerías emparradas rematando las casas. En algunos lugares, las calles son tan estrechas que un señor que nos encontramos nos dijo: miren aquí, desde la ventana de su casa puede usted dar la mano a su vecino. Hay una casa construida de tal manera que cada uno de sus cinco pisos se adelanta, quedando colgado sobre el inferior, a fin de ganar espacio al vacío. La Plaza Mayor, recuérdese el precioso lienzo de Zuloaga, tiene unas proporciones perfectas, y desde sus balcones se contemplan

ALBARRACIN Y LAS SIERRAS UNIVERSALES

los desnudos cerros de piedra gris y la pequeña vega del Guadalquivir al fondo. Fuimos al barrio de San Juan, saliendo de la Catedral, para ver la pequeña iglesia románica de Santa María. Nos encontramos allí con Pili, la niña de la patrona, con otras amigas. Una de ellas, Maite, que era sobrina de un guardia civil, hablaba muy de prisa, no dejaba hablar a las demás. Pili decía: hija, contigo no se puede. Maite contó que su tío había detenido, el año pasado, a un señor que se paseaba por la sierra vestido de mujer. Movía las manitas por delante de la cara y decía, con que paseándose por la sierra un señor vestido de mujer; hala, a la cárcel. Por fin, Pili y las demás, una que se llamaba María Jesús y otra pequeña que casi no hablaba, creo que se llamaba Sarita, consiguieron que Maite se callara un ratito, diciendo: ahora hablamos nosotras un poquito, ¿no? Pili nos explicó que la casa que se veía en la calle de abajo era un albergue de la Sección Femenina (la niña decía la Sesión Femenina). Había una chica, que debía ser de la Sesión Femenina, sentada en una piedra a la puerta de la casa, y Pili dijo, con su aire de niña mayor: con esa moza se podía casar usted. Las demás se rieron, y Maite empezó a hablar de nuevo muy de prisa, casi no se la entendía. Entre todas nos contaron la historia de doña Blanca, que es una joven judía que sale, en las noches de luna, vestida con una túnica blanca y baja al río Guadalquivir a bañarse. Nos contaban la leyenda que las madres de Albarracín cuentan a los niños, y al mismo tiempo daban saltitos y exclamaban: ¡huy qué miedo!, llevándose la mano al pecho. La pequeña Sara se refugiaba entre las piernas de Pili, y ésta decía, con su aire de persona mayor: es mentira, tonta, y luego, volviéndose a nosotros, es mentira, ¿no? Así, con la historia de doña Blanca y las voces de las niñas, fue cayendo el sol. Cenamos algo en el bar de la Cooperativa y luego nos acostamos en la habitación que nos había preparado la madre de Pili, una habitación pintada de rojo, con colchones de paja de maíz y un cuadro grande de la Dolorosa con el corazón traspasado por una daga de oro. Hacía las seis de la mañana, amanecía apenas, estábamos ya en camino. Anduvimos mucho rato siguiendo el curso del río hasta Torres de Albarracín, donde desayunamos en el café del pueblo. Después, una parada en Tramacastilla para comer, en una tienda que es a la vez bar, café, estanco, zapatería, talabartería, aperos de labranza, ferretería, tonelería y no sé cuántas cosas más. (Es una porquería, dijo el dueño, no se gana nada. Todo lo que se gana está en género.) Preguntamos si podíamos comer algo, y dijeron: pues sí señor, a base de laterío. ¿Y no habrá carne en el pueblo? Vayan ustedes a la carnicería, nos respondió la hija del dueño, a lo mejor encuen-

tran algo y yo se lo hago. Fuimos a la carnicería subiendo las cuestas del pueblo, y las vecinas salían a la puerta de su casa y, en cuanto se enteraban de que íbamos a la carnicería, decían: desculde usted, que hoy no hay carne. Llegamos a la carnicería, salió la señora y dijo: sí que lo siento, porque tenía un poco de magro de cerdo y lo he echado en el embutido. Volvimos a la tienda y encargamos unos huevos fritos con chorizo, una lata de atún y un poco de ensalada, y dice la mujer: sí señor, en cuanto que aclare esta ropa se lo preparo. Comimos y nos pusimos en camino por una carretera empedrada, desde la que contemplábamos, abajo, el curso del río, pasando entre peñascos y gargantas. Cruzamos Villar del Cobo, un pueblo con casas encajadas, con las ventanas pintadas en azul, enrejadas y llenas de geranios. A las seis de la tarde llegamos a Guadalquivir. Encontramos alojamiento en casa de doña Olimpia. Dejamos nuestras cosas y fuimos a visitar a la señorita que nos habíamos encontrado en el autobús de Teruel. El padre nos hizo pasar y nos dio un vermú, y luego los hermanos nos llevaron a dar una vuelta por el pueblo; nos enseñaron la Muela de San Juan, el monte más alto de la serranía. Luego fuimos a ver la plaza de toros, que es como un estanque redondo y vacío, y nos explicaron que tienen el proyecto, cuando haya dinero, de aprovechar la plaza para hacer una piscina, de modo que la gente se pueda bañar en el verano y, cuando lleguen las fiestas, se quite el agua y se hace la corrida. Tomamos una cazalla en una tienda tan llena de género de todas clases que apenas se podía pasar. Cenamos en casa de doña Olimpia, y estuvimos hablando con ella un rato. Nos contó que hasta hace dos años no había panadería en el pueblo, y en todas las casas se pastaba, y que en invierno había mucha nieve y apenas se salía de casa, y se consumía lo que tenían de la cosecha y el ganado. Pasó la mano sobre la cabeza del niño que estaba a su lado, y dijo: y éstos van todos los días a la escuela, cada uno con su leño, para la estufa. Era sábado, y en la pantalla del televisor salieron Joaquín Prat y Laurita Valenzuela, así que todos se quedaron mirando, y nosotros nos fuimos a dormir. Al día siguiente nos quedaba un buen trecho hasta Tragacete. Atravesamos magníficos pinares hasta llegar a un alto que llaman el Portillo, desde donde pudimos contemplar el maravilloso paisaje de la vega donde nace el Tajo. De allí, por el puerto del Campillo, salimos a la provincia de Cuenca. Dormimos todavía, aquella noche, en el pueblo de Tragacete, para emprender al día siguiente viaje a la ciudad del Júcar, de paso para Madrid. Y aquí termina la relación de nuestro viaje a las Sierras Universales. ■ (Foto cedida por el archivo del Ministerio de Información.)

art
buch
wald

LAS PEGAS DE LA TELEVISION

WASHINGTON.—Hace unos días, hablando con un amigo, salió a relucir el tema de la televisión, y nos preguntamos: ¿Qué hay de malo en ella? Llegamos a la conclusión de que su perniciosidad radica en el hecho de presentar una falsa imagen de la realidad, con la consiguiente deformación del público. Por ejemplo, en los programas basados en argumentos de tipo legal —Perry Mason, pongamos por caso— nadie pide retribución económica alguna por su trabajo. Jamás hay discusiones acerca de dinero, por lo que los telespectadores quedan con la angelical persuasión de que cualquier abogado les va a defender gratis.

Pero es muy distinto lo que sucede en la vida real. Veamos: llega una señora al despacho de Perry Mason y le dice:

—Mi hijo ha sido acusado de un crimen, pero yo estoy absolutamente segura de su inocencia.

La respuesta de Perry Mason, en la vida corriente, sería:
—Un momento, señora. No siga. Antes debe usted entregarme cierta suma de dinero, como anticipo por la defensa.

—¿Pero si mi hijo es inocente! Tiene usted que defenderlo.

—Vamos a ver, ¿cuánto puede usted pagar? Los costes legales son muy elevados. En el caso de que su hijo se declarara culpable, yo haría un arreglo con el fiscal para ahorrar los gastos de un proceso largo...

—Pero mi hijo no puede declararse culpable.

—Grave error, señora. Probablemente le condenarán, tras de haber gastado usted cinco mil dólares en su defensa.

—Quizá tenga usted razón. Que diga que es culpable. A fin de cuentas, anda siempre en dificultades.

—Muy bien. En ese caso, son quinientos dólares ahora y otros quinientos al incoarse el proceso. Si hubiera otros gastos, se lo comunicaría.

Pasemos ahora al programa del doctor Kildare. ¿Qué clase de médico será fuera de la televisión? Posiblemente, por este estilo:

—Doctor Kildare —se le presenta un hombre de edad avanzada—, siento un dolor aquí, en el costado...

—Yo no sé nada de eso. Le mandaré donde un especialista, el doctor Renfrow.

—Pero el caso es que también me duele la pierna izquierda, y siento molestias al respirar.

—¿Por qué no me lo ha dicho antes? Para esas dos dolencias, los mejores especialistas son los doctores Lavine y Ordman. Le apunto sus direcciones aquí.

—No entiendo su letra, doctor...

—¡Ah! ¿También la vista? Entonces, primero al doctor Feldman, oculista y otorrinolaringólogo.

—Muchas gracias, doctor Kildare.

—De nada. La consulta son diez dólares.

En cuanto al doctor Casey, otro héroe de la medicina televisiva, nos lo imaginábamos así:

Una enfermera entra apresuradamente en su despacho:
—Doctor Casey, ha tenido lugar un terrible accidente de esquí. Le esperan en el quirófano.

Casey se pone su mascarilla, esteriliza brazos y manos, y se dispone a intervenir. Pero de pronto pregunta:

—¿Ha firmado ya este hombre la nota en la que me exige de toda responsabilidad, caso de que la operación dé mal resultado?

—No, señor: lo trajeron en estado inconsciente.

—Pues lo siento, pero yo no puedo operar mientras no firme la nota. ¿O cree usted que voy a exponerme a que me acusen de práctica médica defectuosa?

Como colofón demostrativo de la "veracidad" y "realismo" de la televisión, pasemos al asunto de los taxis. En la pequeña pantalla hay siempre centenares de taxis disponibles. Pero si, en la vida real, Peter Gunn quisiera seguir a alguien usando este medio, veríamos:

—Taxi! ¡Taxi! ¡Siga a ese coche!

—¿Cómo que siga a ese coche?

—Sí, pronto, sígame, ¿no entiende?

—Mire usted, yo recibo un pasajero y lo llevo a la dirección que me pida. Pero de persecuciones, nada.

—¿Pero no ve que se aleja?

—Busque otro taxi. Yo tengo mujer e hijos y no me da la gana de meterme en líos con policías y ladrones.

—¿O sea, que rehúsa seguir a ese automóvil?

—Mire, señor, se adivina que usted ve mucho la televisión...

(Copyright 1970, The Washington Post Co.-Distribuido por Editors Press Service Inc.-Agencia Zardoya.)